



EL PAIS VASCO-NAVARRO

JAUNGOICOA ETA FUEROAG.

AÑO II.—ÉPOCA 2.^a

19 DE FEBRERO DE 1871.

NUM. 19

SIN BANDERA.

La revolucion de setiembre destruyó, pero no edificó; la revolucion de setiembre fué negativa, pero no positiva; la revolucion de setiembre fué anárquica y disolvente, é incompatible, por lo tanto, con toda idea de gobierno. Sin embargo, no diremos que la revolucion iniciada en la bahía de Cádiz carecia de objeto; no diremos que el levantamiento militar fué un hecho aislado; no diremos que los sucesos políticos que producen grandes crisis en la historia y en el modo de ser de los pueblos son sucesos casuales y fortuitos, sino que, por el contrario, son efectos de grandes causas, por más que en la apariencia no revistan tal carácter, por más que se atribuyan á los vaivenes del azar y á los caprichos de la fortuna.

En una palabra; la revolucion de setiembre se presentó recelosa y desconfiada, sin plan á qué ajustarse y sin principios á qué obedecer, sin doctrinas y sin personas, sin credo y sin bandera.

¿Diremos, sin embargo, que no tuvo razon de ser?

Quando el espíritu público se agita

convulsivo, cuando la fiebre social se estiende y se universaliza, cuando no hay tranquilidad ni reposo; cuando no hay confianza en los gobiernos, cuando la ansiedad y la inquietud son generales, bien puede decirse que el presente es triste y el porvenir inseguro. Y esa era la situacion que precedió al levantamiento de setiembre.

Cuál fué el pretesto ó el motivo de tal levantamiento, no es difícil precisar; pero el levantamiento no obedeció á una idea grande y generosa, no se inspiró en un principio salvador, no aspiró á un fin patriótico, porque no afirmó, porque no formuló concretamente sus propósitos, porque no tuvo bandera. La célebre frase de «España con honra» es una frase hueca, es un cuerpo sin alma, es una ilusion quimérica, mientras no se traduzca en principios fecundos, mientras no se subordine á un plan, mientras no se convierta en hechos positivos.

Error gravísimo padecen los que creen todavía que el levantamiento de setiembre fué una revolucion, que fué una conspiracion espontánea del espíritu público, que fué el gran recurso, el curso directo é inmediato de regenerar la política española. Y decimos el

recurso directo é inmediato, porque lo aceptamos como el indirecto é inmediato, porque lo consideramos como el remedio eficaz de grandes males sociales, porque creemos que la obra de setiembre ha venido á realizar una mision importante, la mision de pulverizar los partidos, de despejar las posiciones y de deslindar los campos.

La revolucion de setiembre, ó el levantamiento militar, fué el producto del despecho, el efecto de agravios que pedian ofensa, el resultado de susceptibilidades heridas y de intereses personales lastimados. Somos propensos á la benevolencia, y nos inclinamos á creer que los que dieron el grito de España con honra abrigaban el propósito de hacer una política digna y levantada, una política de atraccion, una política regeneradora que purificase la atmósfera de las pasiones y que infundiese la confianza y el aliento en el espíritu público; pero aunque abrigasen tal intento, no era posible que realizasen su levantada aspiracion desde el instante en que no levantaron una bandera clara y definida de personas y de cosas, de doctrinas y de doctrinas. Tal vez hubo algunas ca-



pitales sobre puntos de tanta gravedad, tal vez hubo menos que divergencias, tal vez ni aun se pensó en principios y en personas con acuerdo unánime, tal vez no hubo más que proyectos vagos por parte de algunos y proyectos mal meditados por parte de otros, tal vez no se pensó más que en vencer, olvidándose de que importa más que vencer conservar el puesto de vencedor, y que el puesto de vencedor solo se conserva á favor de la justicia y del derecho, á favor de instituciones sábias y prudentes, á favor de una administracion digna y honrada, pero nunca por medio de la fuerza, porque las situaciones de fuerza son propias de tiranos, y la tiranía es el sistema funesto á que apelan los usurpadores, los enemigos de la humanidad.

No es fácil de definir el sistema de gobierno adoptado por los vencedores de setiembre, porque es un eterno Proteo, que á cada instante cambia de forma y de lugar; pero si una definición negativa puede dar idea aproximada de las cosas, bien puede decirse que la insurreccion de Cádiz no tuvo bandera, pero que ha arrancado sus banderas á los partidos medios y ha acentuado las de los partidos extremos y radicales.

¿Es acaso partido el que se conoce con el nombre de democrático? Esa agrupacion de hombres más ó menos significados en las filas republicanas y progresistas, cuyos esfuerzos para allegar prosélitos y para conquistar grandes masas han sido estériles é infructuosos, esos hombres que predicán el radicalismo y la autonomía, y aceptan la monarquía y rinden culto al Monarca, esos hombres que no satisfacen á los pueblos ni á los Reyes, esos hombres que no tienen dogma, no pueden constituir un partido, y su aspiracion habrá de limitarse á conservar artificialmente su influencia en el gobierno. No es, pues, bandera de gobierno la bandera de los monárquico-democráticos.

Y el partido progresista, pulverizado en sus doctrinas y en sus hombres por las doctrinas democráticas y las autoritarias, sin cohesion bastante para resistir los embates de la opinion pública, sin fuerza suficiente para luchar con elementos propios, se acomoda

á las exigencias de tiempo y lugar, se rinde á las circunstancias y se amalgama con demócratas y unionista, cediendo á unos y á otros el terreno inviolable de los principios. No tiene, no puede tener bandera propia el que todavía se llama partido progresista.

Por otra parte, el partido unionista, que, si como partido de principios no podia sostenerse, supo en algun tiempo conquistar simpatías de conducta, está ya pulverizado, por más que cuente en su seno hombres importantes y de aspiraciones dignas.

El moderado no puede restaurarse ni sobreponerse á las circunstancias extraordinarias del país, circunstancias que reclaman gran fijeza de principios y rigidez de disciplina, circunstancias que piden gran armonía entre las doctrinas y los hombres, entre el gobierno y el pueblo. Su bandera exclusiva es ya imposible.

Tal ha sido la obra del levantamiento de setiembre: arrancar la bandera á los partidos medios y acentuar y definir las de los extremos. Agradecemos y aprovechemos estas lecciones, y sobre la ruina de los partidos que no tienen razon de ser levantemos la bandera de la política nacional.

JUAN CANCIO MENA.

Un recién nacido de ciento setenta años.

(HISTORIA INCREIBLE.)

Una tarde de agosto del año pasado llegué rendido de correr por las montañas á los caseríos de Berunegui, cerca de la aldea de Veotiaña, á la sazón en que iba al cementerio un pequeño cortejo de aldeanos acompañando al cadáver de un niño, que rodeado de flores y recostado en una almohada lo llevaba una vieja sobre un cuñacho en la cabeza.

—¿De quién es el niño? pregunté.

—Nadie lo sabe; me contestó un guizon; ¡cosa más rara! lo hallaron en cueros allá en la cañada hace cosa de un año; lo recogieron en la casa de Gusurandi y poco á poco se ha ido encogiendo, dejando de comer, dejando de mamar y poniéndose todo colorado como si acabara de nacer. ¡Cosa más rara! Tiene arrugas en la cara como un viejo y los dedos de las manos manchados como los que fumamos en pipa.

Mi curiosidad se escitó sobre manera, y me uní al acompañamiento con objeto de ver el cadáver.

Antes de depositarlo en la fosa, mientras las mujeres lloraban, me acerqué á verlo. El vizcaino tenía razon; aquella cara era incomprensible; suponeos un recién nacido con la frente y las megillas surcadas de arrugas; con una espresion llena de inteligencia en sus ojos entreabiertos, y con las yemas de los dedos índice y pulgar de la mano izquierda quemadas, encallecidas y amarillas como las tienen los fumadores viejos.

Enterróse el niño, hicieron mil aspavientos las mujeres y volví á Berunegui con los del entierro para pasar precisamente la noche en casa de Gusurandi.

—¿De qué se ha muerto ese niño? pregunté á los caseros.

—¡Ah, señor! me dijo la ama de casa; eso debe ser negocio de *sorguiñas* ó brujas, porque cosa más rara no se ha visto en el mundo. Cuando lo recogimos comia maiz y carne picada, y potaje tambien; despues se le cayeron cuatro dientecitos que tenia, y no pudo comer; le dimos leche, y con ella ha vivido hasta ayer mismo. Antes era bastante grandecito, y poco á poco se ha ido quedando en la mitad; pero lo más raro era que miraba como un hombre; y como que queria hablar y estaba siempre agitado y lloraba de una manera extraña y parecia que entendia todo lo que hablábamos.

—¿Y no sospechais de dónde pudo venir?

—No, señor; entre unas ropas viejas y casi desnudo le hallamos un dia al volver de la plaza; nos dió lástima y le recogimos. Entre las ropas viejas tenia unos papeles.

—¿Dónde están?

—En el baul los tengo, contestó el amo de casa; pero como yo no sé leer, jamás he pensado en sacarlos de allí; además, un dia se los enseñé al señor cura, y me dijo que estaban escritos en un vascuence difícil que él no entendia.

—¡Vengan! ¡vengan! dije yo lleno de gozo.

—Si es por eso, ya los traeré; pero ¿leerá Vd. claro, eh?

—Sí, amigo, todo lo claro que pueda.

—Cenaremos primero, señor, añadió el ama levantándose de su asiento.

—Como gustéis.

Mientras Gusurandi buscaba los papeles, el ama puso la mesa y cenamos en paz y en gracia de Dios.

Era al anochecer; como la tarde estaba hermosa salimos al emparrado de la huerta, pusieron un candil encendido á mi lado, sacaron los hombres las pipas, se arreglaron las mujeres las puntas de las tocas, despues de sentarse en el suelo al rededor de mí, y yo, desarrollando un atado de papeles de distintas épocas, letras y tamaños, fui leyendo en vascuence lo siguiente, que para inteligencia del lector traduciré de seguidó:

«Acababa de cumplir ochenta y cinco años el veinte de agosto de 1785 y me hallaba en la cocina de mi hermoso caserío de Goya sentado á la mesa con D. Juan Manuel Ursubil, afamado curandero del país, hombre

de muchos estudios, á quien desde joven trataba íntimamente.

Mis hijos y mis nietos se habían retirado ya á su casa despues de celebrar aquella noche el aniversario de mi nacimiento, y solo estábamos en casa el curandero, yo y una criada vieja que me servia.

Era la una de la mañana y habíamos fumado ya la treinta y cuatro pipada aquella noche, estando para terminarse el quinto jarro de sagardua. Yo era entonces fuerte y valiente como un roble, animoso y de privilegiada constitucion; pero con tanto beber y tanto fumar, mi cabeza empezaba á tambalearse y mis ojos á ver visiones; el curandero se encontraba aun peor que yo. Hacia media hora que me estaba hablando de clavículas, emplastos, humores y otras palabras de las cuales no entendia ni una sola.

Yo le escuchaba callando.

—¿No me contestas? me dijo.

—¿Qué he de contestarte?

—Dime algo, hombre, ¿en qué piensas?

—En que voy para viejo y que ya duraré poco.

El curandero se echó á reir.

—¡Poco! ¡qué barbaridad! ¡poco! tú puedes vivir todo lo que quieras.

—¿De veras!

—De veras; yo tengo un secreto para no morir nunca; pero temo á los frailes; si lo supieran me tendrían por brujo y no lo pasaria muy bien.

—¿Juan Manuel! ¿de veras?

—Deveras; ¡ah, si encontráse yo uno que no se quisiera morir!

—Muchos hallarás.

—No lo creas; los hombres son muy raros en su modo de pensar; temen á la muerte; pero temen más á la operacion que tienen que sufrir para no morir; es decir, que aun sabiendo que no van á morir, quieren más morir que no sufrir por algunos dias. ¡Son unos bárbaros!

—Mi cabeza ardia; aquel hombre hablaba con tal conviccion, que se me figuraba que la muerte se habia alejado de mí para siempre. Sentia un incomprensible placer. Los ojos del curandero me parecian los destellos de otro Dios que iba á lanzarme en una existencia sin fin.

Bebimos otro vaso más. El humo de nuestras pipas llenaba la habitacion. La criada dormia acurrucada junto al fogar.

—¿Y por qué no haces la prueba contigo? añadió.

—¿Barbaridad! ¿Cómo he de operar sobre mí mismo si necesito el concurso de toda mi observacion, de toda mi salud y de toda mi fuerza?

Mis ochenta y cinco años me pesaban demasiado; estaba decidido.

—Yo quiero no morir, le dije, dispon de mí.

—Corriente; de aquí á otros ochocientos ú ochenta mil años volveremos á beber sagardua el 20 de agosto.

Entonces, tambaleándose, se levantó y me dijo:

—Vamos.

—¿A dónde?

—A mi casa; esta misma noche quedará hecho todo.

—Vamos.

Y en mangas de camisa, conforme me hallaba, agarré su brazo, y dando tropezones en todas partes, le seguí. Su casa estaba á pocos pasos de la mía.

Abrió la puerta de un empujon, encendió lumbre con un pedernal; dió fuego á la mecha de un candil que habia colgado en el tramo de las escaleras, y subimos á su habitacion.

El curandero se quitó su boina, su chaqueta, colgó el candil del techo, tiró del cajon de una mesa, de donde sacó un aparato de alambres, vendas y vejigas, con llaves de madera, y arremangándose los brazos, trajo una cama desde la alcoba al centro de la habitacion, puso en el suelo una enorme caldera de cobre y me dijo sonriendo:

—Echate largo y no te muevas.

Le obedecí.

Entonces sacó una lanceta, me tanteó el brazo y me hizo una ancha herida en una vena.

Empecé á oir el ruido de la sangre que caia en la caldera.

Mientras tanto el curandero preparaba su extraño aparato. En esa operacion trascurrió mas de una hora.

Mi sangre continuaba corriendo, y yo me sentia horrorosamente desfallecido; la cabeza se me habia despejado completamente. De cuando en cuando el curandero me tomaba el pulso y decia volviendo á su trabajo:

—Más, más.

Y volvió á pasar qué se yo cuánto tiempo.

Llegó un momento en que no podia moverme; tenia sed; no podia articular palabra y oia el monótono ruido del chorro de sangre que continuaba cayendo. Veia bien; veia extraordinariamente; tal era la extraña claridad que habia acudido á mis ojos. El curandero volvió á pulsarme.

—¡Bueno! un poco más, y basta, exclamó.

Y se quedó mirándome un buen rato.

Despues ligó la herida, me puso la mano sobre el corazon, se sonrió, y tomando unos trapos empapados en agua me los metió en la boca hasta la garganta, empujando con una cuchara de palo; despues me tapó las narices con unos pedazos húmedos de estopa.

—Así, decia; ahora á respirar poco, muy poco, casi nada, que no se mueva apenas el corazon: llegaremos hasta un paso de la muerte, pero sin tocarla.

Yo me encontraba en un estado indescriptible; no sentia ningun dolor; se me figuraba que no tenia cuerpo, porque solo en la cabeza notaba calor y vida, solo cuando aspiraba un poco, de aire cada ocho ó diez minutos al través del trapo humedecido, sentia una gran opresion en el pecho, como si las costillas se me desgajaran y como si me punzaran los hombros en cien partes distintas. Mi cabeza ardia; las tardías y

pausadas pulsaciones del corazon se reflejaban en mis sienas y en los oidos como si fueran los golpes de un martillo.

Juan Manuel trajo un jarro lleno de sagardua y bebió un gran trago.

—Es preciso, dijo, que el pulso no tiemble; ¡oh amigo! ¡cuántos robles de doscientos años tendrás que ir echando al fuego despues de haberlos plantado: luego, cuando hayas vivido algunos años, yo te enseñaré mi secreto y me harás á mi vez inmortal, ¡oh, los frailes! esos oyen todo; ¡si habrá por aquí alguno que me escuche!

Y al decir esto miró á todos los rincones de la habitacion, abrió y cerró cuidadosamente la ventana y volvió despues á ponerme su mano sobre el corazon.

—No te falta para llegar á la muerte más que el grueso de un pelo; pero ese grueso no lo hemos de pasar.

Descolgó el candil y salió de la habitacion, volviendo al poco rato con un hijo suyo de cuatro años en los brazos.

El hermoso niño parecia completamente adormecido.

Lo acostó junto á mí, se hizo la señal de la cruz y me cubrió los ojos con un paño.

Luego debió sentarse en la cama, y mientras se quedó mirándonos, decia con su voz gangosa y entrecortada:

—¡Pues es claro! El armazon está carcomido, es viejo, tiende á la muerte; pues bien; renovemos el armazon con otro nuevo, rico, bien nutrido, que tienda á la vida. Buena sávia y buen jugo dan buena planta; la riqueza es la vida, la pobreza es la muerte; el hombre se muere de pobreza; su caudal está gastado; si yo voy sin cuartos á la taberna, no me dan ni un sorbo; pues es claro, si los huesos y la carne no cobran, se contraen, se arrugan, se secan; la vida no cabe en un cuerpo estrecho y acartonado. ¡Tú vivirás, amigo mio! Mi plan se les habrá ocurrido á muchos, hasta á los frailes; pero.... Este pero es la ignorancia de la humanidad. Yo soy un hombre muy grande; no he leído ningun libro ni he escuchado á nadie; pero.... ¡dale con el pero! La sangre es como la sustancia generatriz; si le toca el aire, ¡furrut! es como el pez; si sale al aire, muere. Ese es el caso; que el aire no toque á la sangre regeneradora; que pase caliente, pura, llena de vida, latiendo, pero latiendo desde el corazon lleno de vida al corazon próximo á la muerte.... ¡Ah! esto es prodigioso y sin ningun peligro; el viejo pierde su sangre, ahí está en la caldera; parece barro; ese es el armazon viejo; esos son ochenta y cinco años con todas sus picardias y dolores; el joven trasmite la suya casi en totalidad; mas no importa, quedará débil por ocho dias; al cabo de ese tiempo, la poca que ha quedado se habrá multiplicado, y el niño vivirá robusto. La sangre es fuego, sí; una chispa basta para incendiar un pueblo; una gota basta para animar una vida. Yo sé que hay doctores en Salamanca, y en Oñate, y en Vergara que se reirian de mí; es uno de los fueros de la ciencia reirse impunemente de los demás,

tengan ó no razon. Cuando m amigo cumpla dos mil años, ¿dónde estarán los doctores de Oñate? ¡Entonces sí que nos reiremos de ellos!

Puso de nuevo su mano en mi pecho; mi corazon apenas latia; el ruido de mis oídos se habia amortiguado.

—Ya es hora, dijo: ya no verá nada.

Y despues de descubrir mis ojos, tomó el extraño aparato que tenia sobre la mesa, y me envolvió el cuello con sus vendas, haciendo la misma operacion con el niño, que continuaba inmóvil. Sacó de un puchero un unto parduzco, con el que dió á todas las llaves y á las bocas de las vejigas, y con el cual me circundó tambien la garganta, escepto por un costado, donde por medio de una especie de ventosa hizo un cucurucho con mi piel. Las vejigas estaban completamente estrujadas, y los tubos en que terminaban se habian adaptado con gran fuerza á mi cuello y al del niño. El unto parduzco adquirió la consistencia del cuero. Entre los alambres que constituian el aparato, salian dos bastante largos y reforzados con muchas vueltas, que el curandero agarró con ámbas manos.

Dió un tiron como queriendo separarlos, y entonces sentí en el lado de la ventosa un dolor agudo como si me hubieran herido profundamente. El niño hizo tambien un tremendo estremecimiento.

Despues ya no ví más; una nube pasó por mis ojos y me cegó. Solo oí que Juan Manuel se frotaba las manos y decia con aire de triunfo:

—¡Ya late! ya late! veinte años de cálculos: ¡no entra el aire; el aire está vencido; tambien venceré á los frailes y á los doctores; ya late; aqui hay dos cuerpos en uno solo, una vida jóven que resucita á otra ya caduca. ¡Oh placer! Dos horas y trece minutos bastan.

Y cuando calló, sentí como que cogia el jarro y que volvia beber.

Al dia siguiente me hallé acostado en el mismo lecho, cuidadosamente tapado, y al abrir los ojos ví ante mí al curandero que se sonreia; quise hablar y no pude; mi amigo se llevó el dedo índice á los labios y meneó la cabeza como indicándome que era imposible hablar. Despues me dijo:

—¡Somos felices! ya tienes dentro de tí la sávia regeneradora; ahora empiezas á vivir como si tuvieras solo cuatro años, y tomándome el pulso, continuó: ¡calentura terrible! la sangre nueva late en ese cuerpo viejo como el torrente del molino en un cauce carcomido! ¡ciento diez y ocho pulsaciones! ¡oh, cuanta vida! la calentura durará quince dias; hasta entonces solo tomarás leche, que te empezaré á dar pasado mañana; mi aparato es una maravilla, mi saber es un portentoso; mi pobre hijo tambien descansa y aun tardará seis dias en volver á recobrar su color y su fuerza.

Llamaron á la puerta y entró mi criada vieja, Mari Anton.

—¿Qué ha sido de mi amo? preguntó.

—Aqui lo tienes, está un poco indispu-

to; anoche se empeñó en acompañarme á casa y dió un tropezon...

—¡La sagardua maldita!

—No; la oscuridad debes decir.

—¿Y es cosa de cuidado?

—Apenas, se le salieron dos costillas de su sitio; en unos quince dias estará bien; ya le ves á mi lado, y ¿qué puede temer?

Mari Anton salió.

—¡Pobre vieja! dijo Juan Manuel; ¡cuántas nietas tuyas tendrán que servir á tu amo! ¡la sagardua! ya se puede convertir en sagardua el mar de Bermeo, porque si no no vamos á tener bastante.

Marchó á hacer sus visitas, y por espacio de muchos dias volvió de hora en hora á pulsarme, á hablar consigo mismo y á darme leche metiéndome en la boca un trapo empapado, que yo chupaba con avidez. Mi estado era por lo demás sumamente raro; sentia un calor extraordinario en todo el cuerpo; cuando aspiraba el aire sentia un estremecimiento general acompañado de ligeros dolores en el pecho, en los costados y en la espalda, y cuando lo espiraba quedaba descansado y completamente satisfecho. Poco á poco pude hablar, y al fin me incorporé en la cama. A los veinte dias volví á mi casa, acompañado de Juan Manuel.

En el camino me decia:

—Tu vida creo que está ya asegurada para otra nueva época; pero cuida mucho de no echarla á perder, porque ahora estás espuesto como antes á que cualquiera enfermedad ó cualquier accidente te mate; yo no he hecho más que prolongar tus dias renovando la causa de la vida. Lo que nos conviene es callar y aguardar.

Aquel extraño padecimiento del pecho en la respiracion continuaba; pero por lo demás, mi salud y mi robustez eran envidiables. Jamás podia convencerme de que Juan Manuel habria acertado; así es que consideraba su operacion como una barbaridad llevada á cabo en la embriaguez, y esperaba morir á la edad en que ordinariamente mueren los ancianos.

Cinco años más tarde mi rostro estaba más sonrosado, mi pulso más fuerte y la porcion calva que tenia en la cabeza habia vuelto á cubrirse de hermosos cabellos blancos.

Yo estaba asombrado; mis fuerzas se habian reduplicado y algunas grandes arrugas que tenia en las manos desaparecieron.

Juan Manuel, que entonces acababa de cumplir sesenta años, estaba loco de contento; pasaba conmigo horas enteras fumando y me miraba con todo el interés y cariño con que un artista mira á su obra más predilecta.

—¡Lo que me asusta, le decia yo, es esto raro y continuo estado de mi pecho!

Y á mí tambien, contestó; hace cuatro años que estoy pensando en ello y no atino la causa. Cuando un hombre muda de casa le choca la nueva habitacion por unos dias; pero al fin se acostumbra y vive perfectamente; hombre, en cinco años ya se

podia haber acostumbrado la sangre de mi hijo á correr por tu cuerpo!

Tres años más tarde mi rostro estaba más colorado, mi salud más completa y mi vida espantaba á todos, al verme ir á cazar corzos con todo el brio de un jóven, á mis noventa y tres años. El dia que cumplien cien acudieron á mi mesa como siempre mis parientes, de los cuales habian fallecido ya diez y ocho de los que asistieron á la mesa de mis ochenta y cinco años. El curandero habia envejecido mucho su salud estaba muy decaida y solo en sus ojos brillaba una espresion extraordinaria de alegría, por la que traslucia yo cuánto era lo que gozaba y esperaba al verme.

El pobre apenas bebia ya sagardua; yo la sorbia á vasos sin cuenta.

Una mañana muy temprano vino á mi casa, se encerró en mi cuarto y me dijo:

—¿Te has convencido ya?

—Sí, amigo; estoy completamente convencido.

—Pues bien, si aguardamos más tiempo se malogra todo; me siento muy débil; y si te he de decir la verdad, no me gusta morir teniendo en mi mano la vida. Pero hay una dificultad; aqui no podemos continuar viviendo para esplotar mi descubrimiento; nos perseguirian; es preciso que hagas por mí un sacrificio; ¡vámonos á Francia!

—¡A Francia!

—Sí; allí gozaremos de nuestra maravillosa conquista; allí te iniciaré yo en mi secreto; me harás la operacion, y si nos tiene cuenta, de aquí á otros cien años lo daremos á conocer.

—Te debo esta segunda vida, y te obedezco.

Recogí unos cuantos celemines de onzas que tenia guardadas; compramos dos mulas de coche de obispo, y con escusa de que íbamos á cumplir un voto á la virgen de Arrate, tomamos el portante hácia la frontera.

Establecimos en Burdeos nuestro pabellon. Juan Manuel empezó á enseñarme su secreto. Mi inteligencia, lejos de irse perdiendo, era cada dia más clara, y mi vista, de présbita que habia sido, se convirtió en serena y regular.

Sentia así como una tristeza extraordinaria al pensar que no me moriria nunca, y cuando divisaba algun entierro me escondia como si fuera un criminal culpable de no haber indicado al que llevaban á enterrar la manera de no morir.

Mis cabellos se habian vuelto negros: mi apetito era cada vez mayor. Juan Manuel estaba completamente asombrado.

Yo parecia á mis ciento seis años mucho más jóven que él, y su espanto creció cuando le dije que me era simpática madama Basurt, nuestra ama de huéspedes y que estaba decidido á casarme con ella.

RICARDO BECERRO Y BENGOA.

(Se continuará.)



ACTUALIDADES.

Por fin ha publicado el gobierno el decreto convocando Cortes ordinarias para el 3 de abril y fijando las elecciones en los días 8, 9, 10 y 11 de marzo.

Los candidatos abundan de una manera lastimosa; y digo lastimosa, porque en su mayor parte, los afectos al actual orden de cosas que aspiran á representar los pueblos ignoran perfectamente hasta su situación topográfica.

Si no fuera doloroso, sería divertido el espectáculo que ofrecen estos días los aspirantes á padres de la patria y sus protectores.

—¡Gracias á Dios que puedo ver á su excelencia! dice uno de los primeros á un ministro.

—Amigo, estoy ocupadísimo.

—No me estraña; pero....

—Las elecciones me tienen mareado.

—Pues á propósito de eso vengo.

—Hombre, sí; Vd. debe tener algunos amigos en tal provincia.

—Y tanto, que me han escrito anunciándome su propósito de presentar mi candidatura.

—¿Su candidatura?

—Sí señor.

—Luego, Vd. aspira.....

—Es natural: hijo de la provincia, ¿quién con más derecho que yo á representarla?

—Pero, si mal no recuerdo, su padre de Vd. es un honrado comerciante al por menor, y Vd. fué en tiempo de Gonzalez Brabo escribiente del gobierno civil.

—Sí señor; por lo mismo tengo relaciones.

—El caso es que el gobierno tiene ya candidato.

—¿Un unionista, tal vez?

—Precisamente.

—No me estraña; son unas sanguijuelas, y acabarán por chuparnos á los progresistas toda la sangre que aun no hemos podido derramar por la libertad.

—Pero ¿Vd. es progresista?

—Digo, me parece... En mi calidad de empleado del gobierno civil pude avisar á algunos conspiradores; cuando estalló la revolución la secundé; he hecho grandes sacrificios, y francamente, lo que es yo no retiro mi candidatura.

—Nos va Vd. á comprometer.

—Sin el concurso de mis electores será difícil que triunfe el unionista. Mi padre está muy bien relacionado con el comercio, y además surte de víveres al fiado á las clases trabajadoras. Lo menos tres mil votos puede reunir para mí, y con estos y con los que consigan las oposiciones coaligadas, la derrota del candidato ministerial es segura.

—Pues lo que es yo no puedo volverme atrás; los moros fronterizos son terribles.

—Entonces, lucharemos; ¿qué puede suceder, que no salga yo? Paciencia, todos mis votos serán para los republicanos.

—Vamos á ver... ¿y si el gobierno le presentase á Vd. en otro distrito?

—Tal vez nos entenderíamos.

—Usted es andaluz; pero lo mismo le dará representar un distrito de Galicia.

—Lo mismo.

—Las provincias gallegas son muy dóciles... Nada... nada, escriba Vd. á su padre para que voten sus amigos al unionista, y Vd. será diputado.

—El caso es que ya tengo redactada mi alocucion.

—Con borrar la palabra *andaluces* y poner la de *gallegos* es negocio concluido.

—Es verdad... ¿conque cuento...

—Cuenta Vd. con todo el apoyo.... que dentro de la ley pueda darle el gobierno.

—Eso me basta.

El aspirante sale: el ministro tira de la campanilla.

Un portero se presenta.

—Que venga Fulano.

Este Fulano es el oficial encargado de arreglo de distritos.

—¿Qué desea Vd.?

—¿Tenemos alguna vacante?

—Ninguna: para cada distrito hay cinco ó seis.

—¿Ni en Galicia?

—No la hay ni en Canarias.

—Pues es preciso hacer un hueco.

—¿Dónde?

—En Galicia.

—Por uno de los distritos de allí se presenta un cimbrío.

—¡Bah! esos no son temibles...., y al fin y al cabo se contentarán con lo que les demos.

La operacion se hace, y el cimbrío pone el grito en el cielo, y envía á su distrito una proclama incendiaria, acusando al gobierno y declarando que se echa en brazos de la república.

Podría ofrecer muchas escenas parecidas; pero lo más grave es la serie de cambalaches que hacen entre sí los políticos, los tratos entre los conservadores cuasidinásticos y los hombres de la situación.

El gobierno y sus agentes hacen todo lo que pueden para traer una mayoría, y la traerán, si llegan á hacerse las elecciones; pero aun así quedará devorada al poco tiempo por la enérgica y varonil minoría que tendrá en frente.

Entonces se resolverá el problema.

Los practicones, al ver que el gobierno deporta generales, al ver que la justicia llena las cárceles de escritores, creen hallar en estos síntomas los mismos que produjeron caídas espantosas de los poderes, en épocas no muy lejanas.

Lo que asombra á los que saben que el duque de Montpensier fué la palanca de los revolucionarios de setiembre es que los mismos que le deben cuanto son le envien arrestado á un castillo á esperar órdenes.

¡Arcanos de la Providencia!

El triunfo de las oposiciones en la eleccion de diputados provinciales es mucho más importante de lo que se creyó al principio. Témesese, sin embargo, que se exija á los diputados de oposicion el juramento, y esto, que no es de ley, segun informe de

una comision de letrados, podría aumentar el conflicto inaugurado con la jura de los generales.

Una noticia estupenda ha circulado.

—D. Francisco de Borbon ha manifestado deseos de jurar á D. Amadeo y acatar los hechos consumados, se decian unos á otros en los círculos políticos.

Algo ha habido de esto, pero se han puesto en juego poderosas influencias para evitar este acto, que acabaría con el partido alfonsino.

D. Amadeo va á recibir á su esposa hasta Irun. El viaje de esta señora ha sido anunciado y desmentido todos los días. Al fin parece que llegará á Madrid el día 23 del actual.

Es bôchornoso el asunto de las conversaciones de la crónica escandalosa, asunto que, en forma de preguntas sueltas, entregan los periódicos al público.

—¡Negocios, y siempre negocios!

Nadie se esplica las intenciones del gobierno al mantener el estado de sitio en Navarra y las Provincias; sobre todo, en vísperas de elecciones. Pero lo que más asombro causa es que los navarros y los vascongados no hayan intentado pedir justicia, como se lo permite la ley.

No falta quien, desconociendo que este silencio es abnegacion, suponga que se han amenguado la entereza, la energia y las grandes dotes de carácter del pueblo euskaro.

No y mil veces no: los euskaros son valientes, y la primera cualidad del valor es la prudencia. Callan para tener más razon; pero no crean por esto los que no los conocen á fondo que se han debilitado. Ante la posibilidad de perder su noble independencia habria otro Roncesvalles en la orilla del Ebro.

Por lo mismo que en los cuatro meses que han trascurrido han dado pruebas de una moderacion y de una paciencia ejemplares, debia el gobierno levantar el estado escepcional en que se hallan. ¿Querrá llevarlos á votar con las manos atadas? No es posible; pero aunque así fuera, con las manos atadas votarian en conciencia. No se espere otra cosa de los honrados vasconavarros.

JULIO NOMBELA.

HISTORIA DE UN MINUTO.

CONTADA

por Julio Nombela.

(Continuacion)

—Yo he averiguado, á fuerza de mucho trabajo y de no pocas inducciones, la verdad del crimen que tuvo lugar en Madrid á las puertas de mi casa. Vd. tenia un criado leal, y despues de matar, no premeditadamente, sino en un arrebató, al que debia ser esposo de mi hija, le salvó á Vd. acusándose de haberle muerto por robarle; ¿es eso cierto?

—Sí, dijo Iraldez, sí, es cierto; y no solo

la ira, mi amor propio ofendido, mi honor ultrajado, qué sé yo, la ceguedad, el delirio, me obligaron á acabar con aquel hombre que se oponia á mi felicidad. Es verdad también que mi fiel servidor me salvó de aquel modo. Yo hubiera debido entonces presentarme á los tribunales á declarar su inocencia; pero Margarita era madre, yo no podía abandonarla, creia tener medios, como los tuve, en efecto, para salvar á mi noble amigo, y fui débil y cobarde.

—Pero ese hombre, añadió el marqués, ha sido preso de nuevo y condenado á muerte en segunda instancia. Tal vez vaya á expiar en un patibulo el crimen que cometió usted, y no es justo que ese jóven que hoy es feliz vea desaparecer los risueños horizontes que le sonríen, sabiendo, ó que ha muerto su padre en un cadalso,—porque Vd. no consentirá que perezca el inocente—ó que su padre ha sido tan cobarde que ha permitido recaiga sobre otro un crimen espantoso.

—No me conoce Vd., dijo Iraldez, si piensa Vd. que no abundo en sus ideas. ¿Por qué he callado hasta ahora? ¿Por qué hasta ahora no he aspirado á la felicidad que hoy pido á Vd. con tanta sumision, con tanto cariño? Pues ha sido porque hasta ahora seguia la marcha de la causa fatal, y estaba dispuesto, si no podia salvar á ese pobre infeliz, á renunciar á todo: á mi honra, á mi posicion, á las esperanzas de mi alma; estaba resuelto á declarar la verdad: hoy ya no es necesario.

—¿Por qué?

—Porque el ministro de Gracia y Justicia sabe la verdad; porque al conocer al verdadero reo se ha entusiasmado ante la abnegacion del acusado; porque ha ofrecido solemnemente pedir el próximo dia del Viernes Santo que indulte la Reina al reo, y yo encontraré medio de que Vd. me ayude á justificar su inocencia y premiar su virtud sin manchar su honra.

—Renuncie Vd. á esa loca esperanza, dijo el marqués.

—¡Oh! no; estoy seguro de que será indultado.

—El ministro que le ha ofrecido á usted esa gracia ha dejado de serlo.

—¿Qué dice Vd.? exclamó Iraldez.

—Vea Vd., añadió el marqués, enseñándole un despacho telegráfico que habia recibido por la mañana.

El brigadier quedó asombrado.

Efectivamente; una de las muchas crisis que ha habido en nuestro desventurado país habia obligado al ministro á presentar su dimision, y acababa de ser reemplazado.

Al cabo de una breve pausa:

—Adios, señor marqués, exclamó. Renuncio á la súplica que he hecho á usted... Vuelvo á Madrid inmediatamente, y ahora yo sé lo que me toca hacer.

—También yo iré con Jorge muy en breve. Cuente Vd. siempre conmigo para todo.

—Gracias, gracias, añadió Iraldez profundamente conmovido.

—Yo no me separo de Vd., dijo D. Jacinto.

Los dos partieron aquella tarde.

XXVI.

LA OCIOSIDAD.

Los sucesos más importantes de esta historia se complican de tal manera, que para no descuidar á los personajes secundarios voy á tener que decir algo de ellos, siquiera sea en breves lineas.

Hortensia, seducida por la serpiente de la curiosidad; mordió el fruto prohibido.

La misma noche del dia en que partió Jorge encontró en un salon al vizconde de Castilla.

La pobre niña era la inocencia en persona.

El vizconde quiso sacarla á bailar.

—No sé si mi mamá me permitirá que baile con Vd., le dijo.

—¿Por qué?

—Porque me ha dicho que ande con mucho cuidado con Vd.

Esto despertó la curiosidad de Enrique.

—Pregunte Vd. á su mamá, le dijo, y verá Vd. como no se opone á que baile.

—Mamá, dijo la jóven á la marquesa, ¿puedo bailar el rigodon con el vizconde?

—Sí, mujer, eso sí.

La niña volvió á donde le esperaba Enrique, y después de decirle que habia obtenido el permiso, se agarró de su brazo.

El vizconde miró entonces por la primera vez con fijeza á la jóven.

Vió unos ojos azules, profundos, llenos de dulzura y amor; vió unos labios purísimos que exhalaban el aroma de la castidad; vió unas mejillas sonrosadas, unas facciones purísimas, y uniendo á lo que vió lo que adivinó, pensó cuán dichoso seria el que poseyese aquel tesoro de belleza.

—¿Por qué no queria Vd. bailar conmigo?

—Porque le tengo á Vd. miedo.

—¿Miedo á mí?

—Sí, mucho.

—No comprendo.

—Me han dicho que es Vd. un calavera, un seductor.

—Me han calumniado; no soy más que un adorador de la belleza de Vd. No crea Vd. que es ahora cuando esperimetro esta admiracion. Hace ya tiempo.....

—Mi mamá me lo ha dicho.

—¿Qué le ha dicho á Vd. su mamá?

—Que me hacia Vd. la córte. Pero yo no lo habia notado.

—Pues bien, dijo Enrique, viendo que los escrúpulos de la mamá le habian hecho ganar en el corazon de la hija, estoy loco de amor por Vd.

—No hable Vd. de esa manera, que nos va á oír mamá.

—¿Le inspiro á Vd. algun afecto?

—La verdad es que yo creia que era Vd. más temible.

—Puedo esperar.....

—Nada, nada, dijo Hortensia.

—No me condene Vd. sin oírme. ¿Dónde podremos vernos?

—En ninguna parte.

—Y, sin embargo, yo necesito decir á Vd. cuánto la adoro. ¿No le acompaña á Vd. alguna vez el criado, la doncella?

—No salgo más que con mamá.

—Sin embargo, yo recuerdo haber visto á Vd. alguna vez sola en la berlina.

—Alguna que otra vez, cuando acompaño á mamá á casa de su amiga la duquesa, que aunque me quiere mucho, se aflige al verme porque soy el retrato de su hija, de la pobre Elena que murió.

—Hortensia, dijo el vizconde, yo necesito hablar á Vd. á solas y buscaré la ocasion. ¿Me teme Vd?

—¡Oh! yo no.

En esto acabó el rigodon.

—La conquista de esta niña es muy fácil, dijo el vizconde, pero no importa: triunfar de una jóven tan bella, tan angelical, es una victoria que no he disfrutado nunca. Yo buscaré algun medio.

Aquella noche la pasó en vela Hortensia pensando en el vizconde.

Le parecia el hombre más interesante del mundo.

El vizconde, en cambio, la pasó en el casino jugando al *baccarat*, y por la mañana al despertarse tuvo una gran alegría al ver que se presentó en su casa el famoso Manuel con una caja de soberbios begueros.

—Vengo á ver si V. S. quiere.....

—¿Los cigarros? Pide por ellos lo que quieras, y despues hablaremos de un negocio.

—¿Se ha metido V. S. á negociante?

—Ya lo verás.

—Pues entonces dejemos la cuenta para despues.

—¿Cuánto ganas al dia vendiendo cigarros?

—Eso..... según..... Hay dias buenos y dias malos.

—Contaremos todos los dias como si fueran buenos.

—En ese caso..... ¿Pero para que quiere saber V. S. ...?

—Responde la verdad y no preguntes.

—Pues bien; pongamos ocho duros.

—¿Ocho duros? Y si durante diez ó doce dias dejases de trabajar, ¿al reanudar tus tareas experimentarias alguna pérdida?

—¡Oh! mucho; no sabe V. S. lo que es la costumbre. Los que me compran cigarros buscarian á otro.

—¿Y si te pusieras malo?

—Tendria que poner un sustituto.

—Pues bien; media onza para ti y cuatro duros para el sustituto vas á tener durante el tiempo que permanezcas á mis órdenes.

—¿Con qué fin?

—Escúchame. ¿Sabrias guiar un carruaje?

—¿Quiere V. S. hacerme cocherero?

—Lo has adivinado.

—Guiar un carruaje sabe cualquiera. Lo único que puede suceder es que atropelle

á algun prógimo y V. S. tenga que pagar la multa.

—Sentiria lo primero, aunque no lo segundo. Vas á convertirte, por el tiempo que á mí me convenga, en cochero de una marquesa.

—¿Con doce duros diarios?

—Y el salario que ella te dé.

—¿La quiere V. S. bien ó mal?

—¿Por qué preguntas eso?

—Porque si se trata de desbocar los caballos para que ocurra un fracaso, como el cochero podria sufrir tambien.....

—No tengas cuidado. Por de pronto se trata de que seas cochero, y despues ya te avisaré.

—Corriente: ¿qué debo hacer?

—Volverte dentro de dos horas.

—No faltaré.

—Toma quinientos reales por los cigarros que me dejas.

—No valen tanto.

—Eso no importa; ya no admito la vuelta de los billetes.

Manuel se fué, y el vizconde envió á llamar al cochero de la marquesa.

—Tengo noticias, le dijo, de que es Vd. el mejor cochero de Madrid.

—Me ha hecho justicia quien se lo ha dicho á V. S., contestó el auriga.

—¿Cuánto gana Vd.?

—Poco, porque la marquesa no es una gran señora.

—¿Si le dieran á Vd. el doble de lo que gana, se vendria conmigo?

—Desde ahora mismo.

—Pues bien; es necesario que arregle usted las cosas de manera que desde mañana pueda sustituirle á Vd. un pobre chico á quien me han recomendado, pero que no sirve para mis cocheras, y solo por esta condicion, y teniendo presentes las cualidades que á Vd. le adornan, aseguraré su porvenir en mi casa.

El cochero era asturiano.

No conozco á ningun asturiano que no se haya salido con la suya, sin tener la ostensible terquedad de los aragoneses.

Cómo se arregló, no lo sé; lo cierto es que al dia siguiente Manuel se convirtió en cochero de la marquesa de Valle-Oscuro.

—Estoy muy contenta, decia la buena señora á sus amigos. Mi cochero actual es un mozo que hace honor al pescante; he ganado infinito.

La infeliz no sabia la tormenta que la amenazaba.

—Ya soy cochero de la marquesa, dijo Manuel al vizconde; ¿qué es lo que tengo que hacer ahora?

—Averiguar cuando vaya tu ama á visitar á la duquesa de Alaminos.

—Y cuando lo sepa.....

—Si llevas á tu señorita, y segun costumbre en estos casos te manda dar un paseo para hacer tiempo á que su mamá haga la visita y volver á buscarla, me envias en el momento que te dé la orden la marquesa un criado cualquiera con una carta que tendrás escrita de antemano. Al volver de casa de la duquesa, pasas por la

mia, te detienes en la puerta, y lo demás corre de mi cuenta.

—¡Hola! ¡hola! repuso Manuel; ¿el señor vizconde quiere hacer su víctima á la señorita Hortensia? No será en mis dias; mi conciencia me lo prohíbe.

—¡Calla, tunante! ¿Vas á valerte de la ocasion para que te duplique el salario?

—No señor; lo que es eso.....

—Se duplicará.

—No crea Vd. que obro por el interés.

—Bueno; vete, y cuidado con perder una sola ocasion.

A partir de aquel instante, Manuel, olvidándose de los deseos que le habia inspirado Rosa, pensó en un proyecto de mayor trascendencia y utilidad.

Lo primero que hizo fué entablar amistosas relaciones con D. Onofre.

—Tengo noticias, le dijo, de que es usted el hombre más honrado del mundo.

—Ya se vé que sí.

—Y sin embargo, una persona que conoció al señor marqués dice que la fortuna de su viuda se ha quedado en la tercera parte.

—Pues se engaña de medio á medio, dijo enfurecido; y aunque mi ama gasta mucho, la verdad es que, gracias á mi celo, produce hoy doble renta su patrimonio.

—Vea Vd. lo que son las cosas, y ¡yo que he oido decir que no tiene dote su señorita!

—¿Que no tiene? Pasa de cincuenta mil duros lo que se llevará en fincas el que se case con ella.

—Pues lo que es á juzgar por la casa...

—Cada cuál vive á su manera. La señora marquesa tiene en Andalucía casas que son palacios, pero le gusta más el lujo en el vestir que las alhajas y la suntuosidad interior de su casa.

—¿Conque la señorita tiene un millon-cejo?

—Mondo y lirondo.

—¿Y no tiene más hermanos?

—Es hija única.

—Por supuesto que Vd., cuando ella se case, seguirá siendo administrador.

Esta idea halagó á D. Onofre.

—Si es agradecida, ¿qué duda tiene!

—¿Y cómo teniendo un millon no se casa?

—Aun es muy jóven.

—Pero habrá pretendientes.

—No faltan; sin ir más lejos, se ha recibido una carta de un primo de la señora, un marqués muy rico de Andalucía en la que le anuncia que vendrá muy en breve á Madrid con un novio para su sobrina.

Manuel averiguó más de lo que esperaba.

Aquel dia escribió una carta concebida en estos términos:

«Señorita:

»La honra y la vida de un hombre están en sus manos de Vd. con esta carta. Hace mucho tiempo que la amo con delirio; pero Vd. no se ha fijado en mí, y para llegar á este momento me he visto precisado á renunciar temporalmente á mi posicion, á mi fortuna, á todo; á convertirme en cochero de Vd.

»No es esta la primera locura que he inspirado el amor á un hombre de juicio.

»No crea Vd., pues, que el que la conduce á los paseos, que el que la da la mano para bajar del coche, que el que vive á su lado como un humilde servidor, es un pobre hombre que necesita de esa posicion para vivir; es un apasionado amante, que ha buscado ese medio de acercarse á su idolo; es un hombre que, obteniendo el amor de Vd., puede presentarse á su madre y pedirle su mano.

»Mi fortuna..... pero no quiero hablar á usted de mi fortuna, porque sin su amor de Vd., nada puede hacerme feliz en el mundo.

»Misterio y valor.

»Si me denuncia Vd., siempre llevo un puñal conmigo. En cuanto la marquesa me diga la primera palabra acriminándome, le hundiré en mi pecho.

»Si Vd. guarda el secreto, aprovecharé la primera ocasion para que hablemos, y entonces Vd. decidirá mi porvenir.»

—¡Magnífico! se dijo despues de escribirla. Parezo un novelista. Veán Vds. lo que son las cosas. ¡Luego dicen que las novelas de á cuarto no instruyen! Yo me he leído todas las que se han publicado, porque me las han prestado los suscritores, y sin costarme un cuarto siquiera he podido llegar á confeccionar esta carta, que me va á valer un millon. ¡Aprended, novelistas!

XXVII.

EL AMOR, EL INTERÉS Y LA POCA VERGÜENZA.

Estéban se despertó al dia siguiente de haber entrado á pedir hospedaje en la posada de Zaragoza, y se dijo:

—No, pues lo que es hoy no me acuesto sin encontrar á Facundo.

Lo primero que hizo fué pedir prestado á dos ó tres amigos un duro á cada uno, para poder vivir un par de dias y convidar á Casilda cuando por la tarde fuera al Ariel á darle el dulce sá.

Que no encontró á Facundo lo adivinan mis lectores.

El truhan se escondió bajo siete estados.

Mandó á pedir á casa de su amo un baul, y despues de comer.

—Pensemos esta tarde en Casilda, se dijo, y mañana continuaré la persecucion de ese tunante.

Púsose hecho un dandy; gastó media hora en que le rizasen el pelo, se compró un par de guantes en un tinte, y fué á la secretaria del Ariel á esperar á su amada.

Casilda habia pensado mucho desde el dia anterior.

Por una parte le agradaba Estéban.

Era buen mozo, fuerte, honrado, la amaba, y de seguro podria dominarle.

Pero, por otra parte, si las palabras de D. Meliton no eran un lazo, si se casaba con ella y la sacaba de planchadora, ser la mujer de un empleado público halagaba su vanidad.

—Entre los dos tengo que escoger, se

dijo; pero soy tan sensible que me da lástima abandonar á alguno. Bien puedo entretener á los dos hasta ver quién cae primero, y si es D. Meliton, con decir á Estéban «seamos amigos, y nada más,» cumplo.

Así es que, llamando á una vecina, mujer de más edad que ella, la invitó á ir al Ariel.

La vecina llevó á su casa sus trapitos de cristianar, y las dos se vistieron sirviéndose mutuamente de camaristas.

Casilda se puso un traje de merino azul, un pañuelo de crespon, una mantilla, una cadena que había heredado de su madre, dos ó tres sortijas, un abanico y un pañuelo bordado, cuidando al mismo tiempo de ponerse otro en el bolsillo, porque aquel era solo de respeto.

Así vestida se fué al Ariel, y Estéban, que la esperaba, salió á su encuentro, deshaciéndose en atenciones.

—Bailaremos toda la tarde juntos, le dijo.

—Eso no puede ser, llamaria la atención.

—¡Bah! aquí no se nota eso.

Bailaron wals, polka intima, redowa, schotis y rigodon.

En cada uno de estos bailes exigia á Casilda el dulce si.

Tan insinuantes eran las palabras del jóven, se habia establecido tal intimidad de los bailes y Casilda estaba tan sofocada, que temia no poder contenerse en dar el sí.

La tablilla que se colocaba delante de la orquesta anunció *habanera*.

Aquel solo anunció produjo gran sensacion en los circunstantes.

Parecia que todos la deseaban, por los aplausos con que la recibieron.

—¿Bailamos danza? dijo Estéban á Casilda.

—No me atrevo, dijo esta.

—¿Por qué?

—Estoy muy sofocada.

—En ese baile no se agita uno.

—Pues por eso.

—Vamos, no sea Vd. tonta.

—Digo que no.

—La bailaremos con todas las reglas.

—Me ha de prometer Vd. no decirme una palabra.

—Bueno.

—Es que no vale engañarme.
—Seré mudo.
—De lengua y de manos.
—De todo lo que Vd. quiera.

Los primeros compases de aquella habanera que estaba en boga por entonces,

¡Ay mamá, que me gusta el ros de ese militar,

los puso en movimiento.

Estéban no pudo cumplir su palabra.

—Por Dios, Casilda, Casildita mia, dígame Vd. que sí, que nos casaremos muy pronto.... Mire Vd. que la amo con toda mi alma, mire Vd. que....

—Pues bien: yo.... decia ella, ya ve usted.... que me parece que soy demasiado buena, y aunque no diga con la boca lo que usted quiere.... creo que....

—¿Nos casaremos pronto?

—Luego se lo diré á Vd. cuando esto se acabe.

—No, ahora, ahora.

Y no bien habia pronunciado esta última palabra, cuando abandonó á su pareja en lo más interesante de la danza.

—Vuelvo en seguida, dijo.

Y echó á correr.

Al verle cómo corria, todos se detuvieron, y tomándole por loco:

—¡A ese! ¡a ese! gritaron.

Poco despues repetian las mismas palabras los que pasaban por Recoletos.

¿Qué habia motivado aquella desaparicion tan rápida en los momentos en que aguardaba el dulce si de Casilda?

Habia visto á Facundo, que creyéndole en el colmo de la desesperacion, habia supuesto que no iria al baile.

(Se continuará.)

ADVERTENCIA.

Encontrándose varios de nuestros suscritores en descubierto de su suscripcion por el tercer trimestre, y algunos además por el segundo, les rogamos se sirvan remitir cuanto antes las cantidades que son en deber á esta administracion, para poder liquidar y formalizar las cuentas de fin de año, pues, considerándolos como los consideramos personas de buena fé, hemos continuado remitiéndoles el periódico.

Tambien esperamos se servirán renovar su suscripcion por el cuarto trimestre, remitiendo su importe á esta administracion central, en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, ó bien haciendo el pago en las sucursales de Pamplona, Vitoria, Bilbao y San Sebastian, ó en casa de nuestros corresponsales:

D. Miguel Martinez, en Arechavaleta; Melchor Zunzarrem, Estella; Isidoro Ruiz de Arbulo, Ochandiano; José Antonio Olalquiaga, Segura; Pedro Gurruchaga, Tolosa; Lizaro y Maya, Tudela.

Los que no quieran continuar, se servirán avisarlo, tomándose la molestia de escribirlo á la administracion, pues está visto que no basta con la devolucion de los números, toda vez que se quedan en el camino ó en las administraciones de correos, puesto que no los recibimos.

Siendo muchos los señores suscritores que manifiestan deseos de adquirir la obra Ateos y Creyentes, debemos advertir que pueden suscribirse á ella enviando á la administracion de EL PAIS VASCO-NAVARRO el importe de diez cuadernos lo menos, ó sea 10 reales. La obra constará de 40 cuadernos, que se publican semanalmente.

CORRESPONDENCIA.

D. C. M., de Gijon: Recibidos los 12 reales que remite.

D. J. A. S., de Moncada: Servido el número que reclama, sintiendo las faltas que dice experimenta, cuando por esta administracion se le dirigen con puntualidad todos los números.

D. P. de L., de Salvatierra: Recibidos los 34 rs. que remite, destinando 24 al periódico, y los 10 restantes á la novela *Ateos y Creyentes*.

MADRID.—1871.

Imprenta á cargo de M. G. Hernandez, calle de San Miguel, 23.

Bases de la suscripcion.

EL PAIS VASCO-NAVARRO aparece todos los domingos, y consta de ocho páginas á tres columnas cada una. Puede hacerse la suscripcion enviando el importe de uno ó mas trimestres en letras del Giro Mútuo ó en sellos en carta certificada á la Administracion Central de Madrid, calle de Serrano, 14, tercero, ó á la sucursal de Navarra, en la Secretaria del Colegio de internos.

Precios de la suscripcion.

En España.....	3 meses.	12 reales.
	6 —	24
	1 año ...	48
En Cuba y Puerto-Rico.....	6 meses.	3 pesos.
	1 año ...	5
América del Sur y Filipinas.....	6 meses.	4
	1 año ...	7
Extranjero.....	6 meses.	12 francos.
NÚMEROS SUELTOS.		
En España.....		2 reales.
En el extranjero.....		1 franco.
En Cuba y Puerto-Rico.....		4 reales.
En el resto de América, fijarán el precio los agentes.		

Puntos de suscripcion.

- MADRID: Serrano, 14, tercero (barrio de Salamanca).
- PAMPLONA: Secretaria del Colegio de internos.
- VITORIA: D. N. Becerro, en el establecimiento tipográfico del Sr. Iturbe, San Francisco, 23.—Libreria de D. Bernardino Robles.
- SAN SEBASTIAN: Libreria de D. I. R. Barroja, plaza de la Constitucion.
- BILBAO: Libreria de D. Juan E. Delmas.—Libreria de D. Tiburcio Astuy.
- TOLOSA: D. Pedro Gurruchaga.
- HABANA: Propaganda literaria, Habana, 110.